

Carlos Altamirano,
Leer y escribir,
Santa Fe, Ediciones UNL, 2025, 180 páginas

Leer y escribir, publicado por la editorial de la Universidad Nacional del Litoral, reúne siete textos escritos por Carlos Altamirano entre 2004 y 2020.¹ Se trata de piezas que responden a géneros diversos: artículos, conferencias y ponencias, capítulos de libros, reseñas y una carta. Quienes nos dedicamos a la enseñanza y la investigación leemos y escribimos, pero difícilmente alguno de nosotros respondería a la pregunta ¿a qué te dedicás? diciendo eso: leo y escribo. Sin embargo, estas dos palabras, leer y escribir, afirma Carlos Altamirano, resumen lo que ha sido su oficio durante décadas. Es, como muchas veces sucede con sus análisis, una definición elegante y engañosamente sencilla.

Cesare Pavese decía que con los libros sucede lo mismo que con las personas. Hay que tomarlos en serio. Pero, precisamente por eso, agregaba, debemos guardarnos de hacer de ellos ídolos, es decir, instrumentos de nuestra pereza. En esto, el hombre y la mujer que no viven entre libros y que para abrirlos deben hacer un esfuerzo, tienen un capital de humildad, de desconocida fuerza –la única valedera– que les permite acercarse a las palabras con el respeto y el

ansia con que nos acercamos a una persona predilecta.² Carlos Altamirano, que ha vivido y vive entre libros, dice que lo que hace es leer y escribir, conservando, como quería Pavese cuando pensaba en los obreros y en los niños, esa humildad y esa desconocida fuerza, esa ausencia de comodidad que impide suponer que, porque hemos leído mucho, todo esfuerzo ha terminado y conocemos la belleza, la verdad y la justicia.

Este libro es, así, el de alguien que lee y escribe, aunque nunca solo. Por eso, a renglón seguido, aclara: he leído con otros, y enumera a quienes, con él, y antes y después de él, forjaron una denominación para designar lo que hacían y lo que querían hacer: la historia intelectual, que es, al fin y al cabo, una forma de leer históricamente aquello que está escrito en libros, revistas, diarios y panfletos. Una forma de leer y escribir, un oficio, dice Altamirano, variadamente endeudado con el esfuerzo cumplido por otros.

Los ensayos que integran *Leer y escribir* son, entonces, textos de historia intelectual y

aquí está la explicación más obvia de su reunión en un solo volumen. Sin embargo, quien habla en ellos tiene, más allá de los objetos a los que dedica su erudición, preocupaciones, recurrencias, temas que, aquí y allá, organizan un sentido. Es por eso que considero que este libro trata, también, de tres cosas: de las formas y medios de la rememoración (la biografía, la autobiografía y el recuerdo), de los efectos de la distancia (el exilio, la extranjería y la provincianía) y de la siempre complicada relación entre los intelectuales y la política (entendida esta como motivo, fundamento y aventura o desventura).

Estos tópicos aparecen ya en el primer ensayo, dedicado a Edward Said, y que Carlos Altamirano escribió para un homenaje que el rectorado de la Universidad de Buenos Aires le hizo al estudioso palestino en 2004, un tiempo después de su muerte. El texto, y por eso el libro, comienza así:

Leí por primera vez a Edward Said hace veinte años. Ya no recuerdo cómo llegó un artículo suyo, “The Mind of Winter”, a la redacción de *Punto de Vista*, que lo publicó en diciembre de ese mismo año (1984), traducido por Beatriz Sarlo con el título “Recuerdo del invierno”. No estoy seguro de que fuera el primer texto de Said publicado en

¹ Texto leído en la presentación de *Leer y escribir*, el 21 de mayo de 2025 en la Ciudad de Buenos Aires.

² Cesare Pavese, “Leggere”, *L'Unità*, Turín, 20 de junio de 1945, traducido al español en *Revista Interamericana de Bibliotecología*, Medellín, Universidad de Antioquía, vol. II, n° 2, julio-diciembre de 1988, p. 35.

castellano, pero sí que fue el primero en editarse en la Argentina [...]

En la redacción de *Punto de Vista* tampoco sabíamos mucho de su autor, solo que era palestino y enseñaba Literatura Comparada en la Universidad de Columbia (*Orientalismo* era todavía para nosotros apenas un título). Lo que sí recuerdo es la impresión que nos produjo ese texto lleno de energía contenida, gobernada, que hablaba de los estragos colectivos e individuales que produce el exilio, pero sin recurrir a los medios de la elocuencia patética. Antes que emocionar a su lector, quería hacerlo pensar. No fueron sin embargo únicamente estas cualidades intelectuales y formales las que nos movieron a publicar “Recuerdo del invierno”: nos impulsó también una intención política. En 1984, la Argentina estaba comenzando el proceso de reintegración de los miles de exiliados que había provocado la última dictadura militar, y estaban vivos los celos y las reprobaciones entre los que se habían ido y los que se habían quedado. Nos pareció entonces que el ensayo de Said podría iluminarnos, que su escrito enseñaba a ver, en particular a quienes nos habíamos quedado en el país en esos años terribles (pp. 17 y 18).

En estos párrafos están contenidos los motivos que recorrerán, de forma variable, los textos siguientes: la distancia y el extrañamiento, la

impresión de la lectura, la forja colectiva de un proyecto cultural, la intención de la política, el intelectual cuya erudición se agiganta por su pasión civil, los jalones de una vida recordada.

El texto de Said, en efecto, fue publicado en el número 22 de *Punto de Vista*, en el mes de diciembre de 1984. En ese volumen también escribían Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, José Nun, Hugo Vezzetti, María Teresa Gramuglio, Nora Catelli, un joven Martín Prieto. El propio Altamirano publicó un ensayo que, bajo el título de “Laicismo”, decía lo siguiente: “la izquierda debe secularizar su propia cultura, dado que la historia les ha dado muchas sorpresas a sus certidumbres”. Pero también escribió otro, que llevaba, sin embargo, una firma colectiva: la declaración de principios del Club de Cultura Socialista, fundado en julio de ese mismo año.

Política y cultura, pasiones intelectuales y políticas. El intelectual público, el predicador laico. El que se abre paso por la ruta que le ofrecieron los libros. El exiliado. Figuras presentes en “Un prólogo para el *Facundo*”, la segunda pieza del volumen, donde la huella del Said de *Orientalismo* reaparece como uno de los hilos que tejen la interpretación de los procedimientos escriturales de Sarmiento en su biografía de Facundo Quiroga.

Sarmiento, autodidacta como José Aricó, ese otro provinciano, que se inicia en la cultura de los libros por la vía de la militancia en el comunismo cordobés y al que Altamirano le dedica otro de los capítulos de su libro. Aricó,

el que se pone al frente de *Pasado y Presente* y concibe lo que hace, siempre, como una apuesta política. El que encuentra el *leit motiv* de su trabajo intelectual en el duro y sin duda penoso ejercicio de asediar la eterna crisis argentina y de hallar una explicación, cuando no una salida, al recurrente fracaso de los proyectos de la izquierda o simplemente progresistas.

Leer y escribir como prácticas de asedio. El asedio al enigma argentino, como dice Altamirano en el texto que le dedica al libro de memorias de Tulio Halperín Dongui, esa “novela de formación de un historiador”, un ejercicio de autobiografía mediante el cual la tarea de hacer público el recuerdo deviene un retrato de familia, la del propio memorialista, pero también la de un mundo: la fracción ilustrada de las clases medias argentinas que, como la infancia, parecen irremediablemente perdidas. Hay una complicidad, dice Altamirano, entre el recuerdo y la historia, entre la autobiografía y el proyecto historiográfico, de quien, a su modo, cada vez que regresaba al país que lo había expulsado, agregaba a su imagen docta la del intelectual público.

“Miro hacia atrás con la ayuda de lo que me ha quedado”, dice Altamirano en la carta que le envía a César Tcach cuando este le pide que escriba sobre Héctor “el Toto” Schmucler. El texto lleva por título “Recuerdos de una amistad” y fue publicado en 2019 en la revista cordobesa *Estudios*. Se trata de un ejercicio en el que aparecen nuevamente las revistas, las

redacciones, la voluntad colectiva, la militancia, las peleas, el exilio. Una conversación que se interrumpe y que retorna siguiendo las desventuras –en este libro, una palabra tan recurrente como pasiones– de la cultura de las izquierdas. Una evocación que, puesta en la primera persona del que “habla con lo que le ha quedado”, no deja de estar atravesada por la certeza de que ninguna forma de la producción simbólica puede ser comprendida sin atender el entorno de las prácticas, las relaciones y, por supuesto, las pasiones, que son su condición de posibilidad.

El último texto del volumen lleva por título “Izquierdas. Breve ensayo sobre la gestación de una noción del lenguaje político moderno”. Y es un ejercicio dedicado a recomponer y dilucidar los usos y significaciones de esa noción, a veces luminosa y, otras tantas, desdichada, que Altamirano preparó para el coloquio Izquierdas y Derechas que se celebró en Córdoba en 2019 y

luego se publicó como artículo en la revista *Prismas*. Se trata de una genealogía erudita, destinada a un público académico, de especialistas, pero cuyo objeto impide la asepsia.

Así, los textos reunidos en este libro son, todos ellos, piezas eximias de historia intelectual, pero son, también, modos de rodear las formas que adoptan la distancia, la memoria, y los tanteos por la ruta que abren los libros cuando se encuentran con las incitaciones de la vida pública y nos hacen forjar una idea sobre el mundo, y una inveterada voluntad por comprender. Leer y escribir, entonces, como un oficio, una apuesta y un fundamento para la posibilidad de vivir con otros. Permítaseme terminar como empecé, con unas líneas de Pavese: “Será entonces necesario, para comprender las novelas, situarse en la época y proponerse los problemas; lo que quiere decir, ante todo, en este terreno, aprender los lenguajes, la necesidad de los lenguajes. Convencerse de que,

si un escritor elige ciertas palabras, ciertos tonos y giros insólitos, tiene por lo menos el derecho de no ser inmediatamente condenado, en nombre de una precedente lectura donde los giros y las palabras eran más ordenados, más fáciles, o solamente diferentes. Esta tarea del lenguaje es la más vistosa, pero no la más ardiente. Por cierto que todo es lenguaje en un escritor que sea tal, pero basta justamente con haberlo comprendido para encontrarse en un mundo de los más vivos y complejos, donde la cuestión de una palabra, de una inflexión, de una cadencia, se vuelve enseguida un problema de costumbre, de moralidad. O, sin más, de política”.³

Adriana Petra
Universidad Nacional de
San Martín / CONICET

³ *Ibid.*, p. 37.